

Sobre el encuadre en psicoanálisis

Ricardo Avenburg

No he hallado el término encuadre en el diccionario de la Real Academia (año 1956). Sí figura el verbo encuadrar con los siguientes significados: “Encerrar en un marco o cuadro. 2 fig. Encajar, ajustar una cosa dentro de otra. 3 fig. Encerrar o incluir dentro de sí una cosa; bordearla, determinar sus límites”.

Es un término no usado por Freud. En su aplicación al psicoanálisis Bleger lo define así (*Revista de Psicoanálisis*, T XXIV, N° 2, pág. 241): “las constantes, dentro de cuyo marco se da el proceso” y Zac (*Revista de Psicoanálisis*, T XXVIII, N° 3, pág. 594): “Utilizo la noción de encuadre para referirme al conjunto de estipulaciones, explícitas o implícitas, que aseguran, por un lado, un mínimo de interferencias a las actividades que se desarrollan entre paciente y analista y por otro, un máximo de utilidad al analista para la realización de estimaciones diagnósticas y/o pronósticas. Para que las estipulaciones del encuadre aseguren efectivamente lo que pretenden asegurar, deben ser, como es obvio, *constantes*; en el sentido de que se mantienen en forma invariante en una determinada situación”.

El término encuadre enfatiza dos rasgos: desde el diccionario el determinar los límites de algo, desde las definiciones de Bleger y Zac el carácter de lo constante. Integrando ambos rasgos diría que un proceso ha de desarrollarse dentro de ciertos límites y, para que éste se aprecie como tal ha de referirse a un trasfondo constante. El encuadre tiene que ver con la forma que se da a un determinado contenido, que es el proceso. El proceso es lo que está en movimiento y la forma que tiene un proceso psicoanalítico deberá ser adecuada a su contenido; si el contenido es cambiante ¿puede la forma ser constante?

En tanto formación (forma) límite es el reflejo o proyección de otra formación límite, que representa una superficie, la del aparato psíquico, es decir, se constituirá como proyección del Yo, que a su vez es la proyección de otra superficie, la del cuerpo (“El yo es ante todo un ser corpóreo, no es solamente un ser superficial, sino que es él mismo la proyección de una superficie”, Freud, “El yo y el ello”, *GW*, Vol. 13, pág. 253. Traducción mía).

Este espacio virtual, potencial, que es el aparato psíquico se hace real a través de las acciones específicas que irán a construir el espacio del mundo propio de cada sujeto. La acción específica correspondiente al proceso analítico es el diálogo y su marco se constituye en el mismo diálogo y, según entiendo, no preexiste al mismo.

Hay ciertas convenciones que son las condiciones de todo diálogo que pueden o no cumplirse, pero las que no pueden faltar son las que permitan que el analista se comunique con el analizando y que el analizando se comunique consigo mismo: más específicamente, que el analizando se comunique consigo mismo de manera directa a la vez que con la intermediación del analista. Pero, condición esencial es que el analista desarrolle o despliegue el diálogo del analizado consigo mismo y no interfiera en éste con sus propios contenidos y especialmente con su propia lógica. Los seres humanos usamos diversas lógicas, o sea diversos sistemas de relaciones entre representaciones que corresponden a los diversos niveles de huellas mnémicas que Freud desarrolla en “La interpretación de los sueños” (Cap. VII): lógicas basadas en las relaciones de simultaneidad y sucesión, lógicas basadas en relaciones de analogía y lógicas pre-conscientes (lógica de no contradicción, lógica dialéctica y todas las otras formas que podamos discernir) a la que agregaríamos la pseudológica de la elaboración secundaria. Nuestra tarea es la de crear las condiciones para que cada uno de estos niveles pueda desarrollarse y, al mismo tiempo, permitir el despliegue de las contradicciones entre diversos niveles de lógicas a la vez que dentro de cada nivel. La forma que adquirirán estos diálogos ha de ser construida a partir de los mismos, en el mismo proceso y no establecida de antemano.

Así por lo menos tiendo a trabajar yo: armamos el encuadre en función de las necesidades, ante todo subjetivas, del paciente y del objetivo o los objetivos que nos propongamos; el escenario (“setting”) ha de ser adecuado a la obra que se representa. Los límites del

encuadre, además de los que ponga el paciente, han de ser aquéllos bajo los cuales yo me puedo hacer responsable del tratamiento y de los objetivos a cumplir. Pero estoy notando que la palabra encuadre me genera una cierta incomodidad y me es más natural hablar de la forma en que ha de desarrollarse el tratamiento en lugar del encuadre bajo el que ha de desarrollarse el tratamiento. Releo la definición de encuadrar, caracterizada como un encerrar; normalmente cierro la puerta del consultorio en cuyo caso el consultorio es el encuadre dentro del cual se encierra el proceso, pero no habría inconvenientes (y lo he hecho, por ejemplo en el hospital) de trabajar en un espacio abierto. Cuando cierro el contrato, encuadro sus términos, pero ninguna de estas características me parecen esenciales al proceso analítico. La forma en relación con el encuadre, tiene un carácter de menor exterioridad al proceso mismo y es inseparable de sus contenidos (un cuadro sigue siéndolo aún sin su marco). Cuando la forma adquiere independencia de los contenidos, en el caso de los grupos sociales tenemos lo que Freud denominó las masas artificiales: éstas se caracterizan por cristalizar sus formas las que, independizándose de sus contenidos van poco a poco adquiriendo un carácter sagrado; esto sucede en el psicoanálisis cuando éste tiende a definirse por el número de sesiones, el uso del diván, el uso exclusivo de la interpretación por parte del analista y ésta definida ante todo por su forma (“usted ahora siente que...”). Todas estas formas se convierten en un sistema de tabúes que, al ser transgredidos, confieren a dichas acciones el carácter de acting-out, ataques al encuadre, etc. Este sistema de represiones, que a veces terminaban constituyéndose en una especie de cárcel, terminaban o terminan desvirtuando lo que es la esencia del psicoanálisis: levantar represiones (deshaciendo tabúes) para hacer que lo inconsciente reprimido se haga preconscious. Definitivamente, no me gusta la palabra encuadre.

No propongo el desarrollo caótico de los instintos (de lo que al principio se acusó al psicoanálisis); creo que el caos es un momento inevitable en el proceso del levantamiento de una censura (o de un sistema de censuras) cuando el conflicto se está desplegando a la vez que disolviendo pero aún no se resolvió. En los grupos esto se hace muy evidente y es necesario dejar que el caos se desarrolle para que pueda surgir la organización que estaba latente porque estaba reprimida y desarticulada por las censuras. El tratamiento analítico va tomando forma a través del proceso.

Pero para que se dé un proceso es necesario que haya algo constante en la estructura sobre lo cual pueda aquél apoyarse. Y volvemos aquí a la definición del encuadre que da Bleger: “las constantes, dentro de cuyo marco se da el proceso”; ¿sobre qué se sostienen dichas constantes? Bajemos a un nivel fundante: al proceso de la vida. El principio de constancia es el de mantener las tensiones al nivel más bajo posible compatible con la vida; es de este nivel básico que se pueden dar aquellas modificaciones tensionales que pueden ser procesadas y a las cuales se les puede otorgar las cualidades psíquicas, ante todo las de placer y displacer, que le permitirán al organismo orientarse en la vida. Lo que trato de lograr en el tratamiento psicoanalítico, como en cualquier actividad, es el logro de un equilibrio básico compatible con el trabajo a realizar; este estado de equilibrio es peculiar a cada situación y es también cambiante aunque se trate de mantener el trabajo bajo un mínimo de tensiones (no por debajo de ese mínimo, como puede darse en ciertas melancolías, esquizofrenias o en ciertos caracteres abúlicos). Hay momentos en que esa constancia se pierde, en que uno siente que se le mueve todo el piso y tiene la sensación de que no sabe dónde hacer pie: normalmente ese estado es temporario y en el caso que no lo fuera y no se logre con el psicoanálisis ese equilibrio mínimo compatible con el tratamiento habrá que recurrir a otros medios, como la medicación o la internación y, en algunos casos, por ejemplo si no se logra el ritmo mínimo de las sesiones que haga posible el tratamiento, interrumpirlo. Es en estos casos de pérdida de marco donde el término encuadrar adquiere sentido.

El concepto complementario del de forma es el de contenido; pero también tenemos la oposición aristotélica de forma y materia: “la sensación (o percepción) es la capacidad de recibir las formas sensibles sin la materia” (Aristóteles: “Acerca del alma”, 424 a. Traducción mía). Forma es acá la traducción del término “eidos”, usado por Platón al referirse a las formas o ideas, el “en sí” de los conceptos. Siguiendo esta línea de pensamiento, la forma del análisis trasciende su marco o encuadre para interiorizarse en lo que el análisis es “en sí”, su esencia: hacer preconsciente el inconsciente reprimido. En otras palabras, crear las condiciones para lograr que las diferentes lógicas, correspondientes a los diferentes niveles de organización mental, desarticuladas por la censura y separadas por diferentes capas de resistencia, puedan reubicarse en el lugar que les corresponde sin quedar excluidas de la organización psíquica en su

totalidad. O sea desarticular lo desarticulado, es decir desarticular la estratificación por capas de resistencia (la metáfora de las “capas de la cebolla”) para restituir la ordenación lógica de las representaciones. Psicoanalizar implica *analizar*: descomponer formaciones sintomáticas, producto de condensaciones y desplazamientos determinados por la censura y ubicar cada uno de sus elementos en el contexto mnémico que le dé sentido y al cual otorgue nuevo sentido (desde este punto de vista el trabajo a realizar con formaciones narcisistas no sería psicoanálisis en sentido estricto aunque sí implicaría un análisis de las relaciones del sujeto con el mundo).

Pasé del tema del encuadre al de la forma del análisis. Hay otra palabra que podría traducirse como encuadre, pero que tiene un énfasis algo diferente y que se la usa en inglés: “setting”. Aceptaciones que da el diccionario Webster (no son todas, pero elijo las que tienen que ver con el tema): “3. time and place, environment, background, or surroundings, as of a story, poem, person’s life, etc. 4. Actual physical surroundings or scenery whether real, as of a garden, or artificial, as on a stage”. Sintetizando, el “setting” sería el escenario, el ambiente en el que se lleva a cabo el tratamiento psicoanalítico y que en general lleva el sello de su origen a partir de la práctica privada, o sea que el ambiente es el del consultorio privado. Creo que este “encuadre” ha puesto límites a la expansión del psicoanálisis hacia sectores de la población excluidos de la práctica privada. De todas maneras hay aspectos del “encuadre” o del “setting” cuya aplicación es necesaria: por ejemplo, el respeto por el horario, que presupone una ética de respeto por el tiempo del otro. Y dar tiempo para que el analizando pueda expresarse y yo, como analista, también necesito tiempo para interiorizarme de lo que me está comunicando y poder decirle algo con sentido para él. No sé si es por hábito pero para mí cincuenta minutos es un tiempo adecuado, que puede ser más, hasta los límites de nuestra tolerancia, pero no menos de cuarenta minutos. En general, es alrededor de la media hora cuando puedo lograr una síntesis y ubicarme en el tema y tal vez ver el material con una nueva perspectiva, o sea dar *forma* a la *materia*.

Pero el psicoanálisis, en tanto tratamiento, no es un hecho puntual, es un proceso: no se trata solamente de analizar, descomponer una sola estructura sintomática. Como el ombligo del sueño, o como un infiltrado, el síntoma se encadena con otras estructuras, de modo que es importante que el proceso tenga una continuidad que permita ir desentrañando progresivamente esas diferentes estructu-

ras o “complejos” sintomáticos. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta desentrañar el “complejo nuclear de las neurosis”, el “complejo de Edipo”? Dice Freud en “Análisis terminable e interminable” que el análisis termina en función de “consideraciones prácticas”; me gusta más decir “consideraciones clínicas”, cuando ha disminuido o desaparecido el sufrimiento del paciente y, si el motivo del análisis es el deseo de tener un espacio de reflexión para enfrentar las distintas situaciones vitales, cuando el analizando decida interrumpir o terminar (a mí se me tiende a borrar la diferencia entre interrupción y terminación: ambas son decisiones abiertas). Lo mismo vale para el ritmo y la frecuencia de las sesiones: una interrupción temporaria o un intervalo largo no necesariamente implica la interrupción de un proceso de apertura, en el curso de la vida, de nuevas perspectivas y posibilidades de acción. Lo que determina el encuadre es la forma que adquiere cada análisis en particular, que no ha de admitir otros límites que la realidad interna y/o externa tanto del analizando como del analista.

Ricardo Avenburg
Av. Coronel Díaz 2277, 8° “C”
C1425DQI, Capital Federal
Argentina